

ESTHER GALERA MENDOZA

ARTISTAS Y ARTESANOS EN LAS OBRAS
REALES DE LA ALHAMBRA
Reinado de los Austrias

GRANADA
2019

© ESTHER GALERA MENDOZA
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
© PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE
Artistas y artesanos en las obras reales de la Alhambra. Reinado de los Austrias

ISBN: 978-84-338-6445-1.
Depósito legal: GR/1341-2019.

Edita:
Editorial Universidad de Granada, Campus Universitario de Cartuja. Granada
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico.
Patronato de la Alhambra y Generalife

Fotografía del cuadernillo: Javier Martín
Diseño de interior y cubierta: Lalo Rojas. Granada
Compaginación y montaje de cubierta: motu estudio
Imprime: Gráficas La Madraza, Albolote, Granada

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Contenidos

1. Prólogo	11
2. La Alhambra y las obras reales en la Edad Moderna...	25
3. La labor de carpintería	67
4. Maestros de carpintería y ensambladores	109
5. Escultura y escultores en la Alhambra.....	265
6. Pintores y doradores en las obras reales.....	401
7. Maestros alfareros.....	525
8. Noticias sobre orfebres y plateros	617
9. Anexo documental	629
10. Bibliografía	689
11. Selección de fotografías	719

Unidad Científica de Excelencia Ciencia en la Alhambra de la Universidad de Granada (ref. UC-PP2018-01)

Grupo de Investigación MEDEHA: Metodología y Documentación para el Estudio del Patrimonio Artístico Andaluz (HUM286).

AGRADECIMIENTOS:

Patronato de la Alhambra y el Generalife

Museo de la Alhambra (Granada)

Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Granada)

Museo de Bellas Artes de Granada

Museo Casa de los Pisa (Granada)

Patrimonio Nacional (Madrid)

Museo Nacional del Prado (Madrid)

Museo Arqueológico Nacional (Madrid)

Museo Nacional de Artes Decorativas (Madrid)

Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González Martí

Museo Lázaro Galdiano (Madrid)

Instituto Valencia de Don Juan (Madrid)

Cleveland Museum of Art (Ohio)

Departamento de Patrimonio Histórico de la Universidad de Jaén

Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada

Arzobispado de Granada

Academia de Bellas Artes de San Fernando

Prólogo

Leí hace tiempo una reflexión de un científico escandinavo, cuyo nombre no consigo acordarme, ¡dichosa memoria!, el cual afirmaba que «los avances científicos se basan en aportaciones concretas, no en especulaciones librescas. Por ello antes de empezar a pensar con la cabeza hay que hacerlo primero con los pies». Claramente este enfoque venía derivado de un científico vinculado con las llamadas tradicionalmente «Ciencias experimentales»; pero algo de razón tiene, a mi parecer, también en nuestro ámbito. Me viene esta aseveración para poder justipreciar el libro que tenemos ante nosotros para el que su autora me ha pedido unas palabras como presentación del mismo.

No creo ser la persona más indicada para este cometido, si no es porque aprecio su trabajo y su persona, pero puedo asegurar que mi relación docente e investigadora con la Alhambra me ha hecho «pasar» y también, a veces, sufrir, muchas horas por el monumento, por sus documentos y por las publicaciones que de él se han ocupado. En todo caso y fuera de mis consideraciones, cualquiera que tenga la fortuna de adentrarse en este libro, sabrá valorar la solidez del estudio que ahora nos presenta Esther Galera Mendoza, el cual viene a ser un nuevo testimonio de su buen hacer investigador. Efectivamente, se podría decir metafóricamente que este libro viene a ser una nueva tongada, una hilada más de sillares (o ladrillos) que la autora incorpora al edificio historiográfico que viene levantando desde hace unos años con una paciencia, generosidad y escrupulosidad, nunca bien pagadas. Los materiales utilizados para ello son los más adecuados y eficaces para lograr la solidez necesaria para una buena «edificación»: la abundante pero diversa documentación que guarda el archivo del Patronato de la Alhambra y el corpus bibliográfico más solvente y variado que se ha enfrentado con el conocimiento del

monumento. Sobre la problemática de este archivo volveré después, porque avala aún más su mérito. De esta manera, con sus propias aportaciones, pero cotejadas con las de otros autores se va formando ya un corpus atractivo y muy importante respecto a la etapa histórica de la Alhambra cristiana y principalmente la relacionada con los siglos XVI al XVIII. Veamos cuáles son sus precedentes que nos permitan poner el presente libro en la balanza de su justa apreciación.

La Alhambra ha suscitado, suscita y lo seguirá haciendo numerosos estudios desde muy diferentes enfoques y con intereses muy diversos. Es tanta su historia, su peso monumental, su estricta belleza, su pintoresquismo, su exotismo, que las investigaciones se multiplican exponencialmente hasta convertirse, no ya un pozo sin fondo sino en toda una tupida red y maraña de prospecciones. Pero todavía son muchas las sombras o perfiles por aclarar y muchos los entretos por enderezar o rectificar. No sólo eso, sino que los intereses historiográficos, literarios y los meramente turísticos, populares, o en todo punto circunstanciales, hacen que las líneas de trabajo se diversifiquen, compliquen y, al mismo tiempo, enriquezcan en grado sumo. No digamos nada del fenómeno que surge con las nuevas tecnologías que permiten un conocimiento visual que era impensable hasta hace pocos años. La imagen, antaño estática y en blanco y negro, ahora se expresa de forma admirable en color, en movimiento, en 4 u 8 K y en 3D, de manera que nuestro contacto ya no es solo visual sino que prácticamente podemos entrar, pasear, oír, casi tocar (nos faltaría oler) hasta el último rincón.

En todo caso, si bien sus aspectos de tradición islámica, sus circunstancias como capital y sede del gobierno de la dinastía nazarí, han sido y son los más investigados, no cabe duda de que su continuidad en el tiempo, hasta llegar a nuestros días, hace de este espacio histórico un campo de investigación obligadamente mucho más diverso y transcultural. No ha sido extraño que en determinados momentos, para poder recuperar y explicar la Alhambra en su estado primigenio se hiciera un ejercicio de bisturí arqueológico, arquitectónico y artístico en general con la voluntad de eliminar cuanto se sobrepuso o cambió posteriormente. De esta manera se desechaba a veces por invasivo o bastardeo lo que en tiempos cristianos se añadió, restauró o eliminó. Pero hoy las cosas han cambiado y los inte-

reses se han mostrados menos esquivos a esa historia de la Alhambra cristiana. No olvidemos que la Alhambra fue fruto espléndido y caprichoso de la dinastía nazarí, es decir, surgió, creció y se estancó prácticamente en dos siglos más otro de vida no creativa aunque sí de inercia vital pero con un claro resentimiento en muchas de sus construcciones. Luego han seguido más de cinco siglos de vida compleja y azarosa, que han exigido una atención y cuidado continuos, dada la fragilidad de su conglomerado estructural y lo efímero de su propia esencia, pensada para servir por un espacio de tiempo muy limitado. Eso explica las muchas edificaciones y ruinas que yacen debajo de las actuales, mutiladas en alto grado o las simplemente desaparecidas. Y las actualmente conservadas también pudieron ser objeto del mismo trato de haber seguido floreciendo la cultura nazarí como lo hiciera en los siglos XIII y, fundamentalmente, en el XIV.

Efectivamente, en las últimas décadas, el periodo cristiano y las transformaciones sufridas tras la conquista han merecido estudios que van aclarando todo este complejo devenir de intereses y actuaciones ocurridas en esta ciudad palatina y fortaleza, debiendo destacar sobremanera el libro de Earl E. Rosenthal sobre el Palacio de Carlos V, cumbre del clasicismo hispano. Antes y después se han realizado otras publicaciones e incluso intervenciones sobre el propio palacio, con propuestas de lecturas e interpretaciones cuya dimensión material se ve superada por su trascendencia simbólica y política. Si un edificio solo, inconcluso en su tiempo, inoperante e inútil como espacio palatino y desnudo de alma durante tantos años (como advirtiera el licenciado Lázaro de Velasco), ha suscitado y suscita tantas interrogantes y no menos interpretaciones, qué no habrá de ocurrir con el resto de este microcosmos y resumen de experiencias artísticas y multiculturales que se dan cita en la ciudad palatina de la Alhambra.

En la misma línea de las transformaciones y la vida de la Alhambra cristiana, otros investigadores han apostado por diferentes objetivos o cuestiones, ya sea con enfoques más generalistas o particulares, tanto del propio palacio imperial como del resto de la ciudad, con estudios de carácter urbano, monumental, arqueológico, de restauración, biográfico, político, literario, musical, antropológico, de género..., y todo lo que atiende a su denso sustrato

cultural. Empero también en lo geológico (de su subsuelo, la famosa tierra alpañata) y de los materiales empleados en su fábrica), técnicas constructivas, botánico, cinegético, económico-productivo, religioso y tantas otras cuestiones que se integran en este singular recinto palatino, castrense y urbano. Si ha sido así en lo que concierne a la Alhambra cristiana de nueva construcción, qué podemos decir de las transformaciones y vivencias experimentadas por los frágiles palacios nazaríes que, por azares del destino y voluntad de los monarcas cristianos, su vida se ha prolongado milagrosa y afanosamente hasta nuestros días.

Pero vayamos a datos concretos y las novedades que se me antojan más oportunas y afortunadas sobre la Alhambra cristiana y en las que el presente libro viene a destacar con luz propia. Sin entrar en las investigaciones pioneras de los Gómez-Moreno (González y Martínez), sería el primero en centrar la atención en la Alhambra después de su conquista, una vez más, Torres Balbás en su artículo «Los Reyes Católicos en la Alhambra». Luego siguieron otros trabajos parciales o tangenciales. Pero obviando todo lo mucho y variado publicado, quiero centrarme en valorar aquellos cuyo soporte principal se basa en una nueva y amplia documentación, que es a mi entender la mejor manera de ir dando pasos certeros y aportar nuevas herramientas de interpretación fiables. Perdónenme aquéllos que les pueda doler su ausencia en esta nómina, porque yo también me excluyo. En este sentido debemos destacar dos trabajos singulares que a mi entender abrieron un nuevo horizonte historiográfico en la recuperación de esa otra Alhambra basada en documentos de primera mano. Me refiero a los trabajos de Rafael Domínguez Casas *Arte y etiqueta de los Reyes católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques* y más recientemente «Arte y etiqueta en la Alhambra de los reyes Católicos» y el de Matilde Casares López «La ciudad palatina de la Alhambra y las obras realizadas en el siglo XVI a la luz de sus libros de cuentas». A estos dos, precedió otro breve estudio pero que ya apuntaba la necesidad de una revisión de los planteamientos anteriores, de Juan Antonio García Granados y Carmen Trillo San José «Obras de los Reyes Católicos en Granada (1492-1495)». Sus aportaciones han sido fundamentales y han venido a demostrar, si no era ya evidente a estas alturas, que la ingente documentación

guardada en los archivos de la Alhambra y Simancas, como fuente fundamental, era necesario ir la desempolvando y darla a la luz. Tan importantes han sido estas aportaciones, y las que luego mencionaré de Juan Antonio Vilar Sánchez, que los baluartes y defensas de las puertas alhambrenas, hasta hace poco y en estudios bien argumentados de serios investigadores, se dudaba todavía si serían obra del último momento de los nazaríes, ante la amenaza de su posible asedio, o aportación cristiana tras la conquista.

En las últimas décadas se han sumado nuevas aportaciones de diversa índole y por una amplia pléthora de investigadores que van alumbrando nuevos registros de los cuales solamente podré aludir a los nombres por razones obvias de espacio e idoneidad. Cada cual basa su investigación en argumentos sobrevenidos por su propia aportación documental, por la recogida por otros, por argumentos arqueológicos, u otras fuentes diversas. Aún a riesgo dejarme algunos en el tintero (aunque sea ya una coletilla obsoleta teniendo en cuenta los nuevos medios informáticos con que trabajamos en general), mencionaré a Ignacio L. Henares Cuéllar, Cristina Viñes Millet (tristemente desaparecida), Juan Antonio García Granados, Rafael López Guzmán, M^a Elena Díez Jorge, Pedro A. Galera Andreu, Ester Cruces Blanco, Antonio Malpica Cuello, Jesús Bermúdez López, Juan Calatrava Escobar, Juan Manuel Barrios Rozúa, M^a José Redondo Cantera, Juan Manuel Martín García, Antonio Gámez Gordo, José Antonio González Alcantud, o la propia Esther Galera Mendoza. Pero dejo para el final a quien últimamente nos viene ofreciendo esa necesaria renovación documental de forma generosa y aquilatada. Se trata de Juan Antonio Vilar Sánchez, que tan bien conoce la Alhambra, tanto por su dilatada trayectoria como Técnico en Turismo y Guía Oficial, como gran conocedor de sus entrañas documentales. Obras como *Los Reyes Católicos en la Alhambra: readaptaciones hechas por los Reyes Católicos en los palacios y murallas de la Alhambra y en las fortalezas de Granada desde enero de 1492 hasta agosto de 1500 con algunos datos hasta 1505* (2007); *La acequia Real de la Alhambra en época cristiana (1492-1850): inmersión en el sistema hidráulico de la Alhambra y Granada* (2011); *Obras en la Alhambra. Legajo 152-1 del Archivo Histórico de la Alhambra [1545-1812]*, (2013); *Murallas, torres y dependencias de la Alhambra: una revisión*

de los avatares sufridos por las estructuras poliorcéticas y militares de la Alhambra (2016), y otros libros que indirecta o directamente refieren información sobre la Alhambra y que no debo entrar ahora en ello, son claro ejemplo y muestra de su laboriosidad y rigor.

Me he extendido más en valorar los trabajos de Vilar Sánchez, porque los de Esther Galera vienen a ser parangón y pilar complementario para poder seguir construyendo la historia positiva y cierta de los pasos andados por la Alhambra en los siglos que van, fundamentalmente, desde 1492 hasta la llegada de los Borbones y la salida de los Tendilla. En resumen la Alhambra de los Reyes Católicos y los Austrias, pero que se extiende por otros autores hasta nuestros días. Cerrando esta reflexión inicial, no es vano recordar que para estudiar la Alhambra islámica y reconocer certeramente su estructura y ornato, es imprescindible conocer bien y al mismo tiempo los cinco siglos en que se condensa una actividad intensísima y hecha por manos muy diversas de capacidad e intenciones. Siempre que explico estos cambios sufridos por la Alhambra, por poner un ejemplo, al visitar la Alcazaba señalo como evidencia palpable el aspecto que hoy ofrece, por dentro y por fuera, la Torre de la Vela, donde las caras sur y oeste apenas muestran ligeros atisbos de la tapia constructiva original. Y hablamos de una estructura esencialmente defensiva y hecha para perdurar, no de los palacios y otras construcciones pensadas para mantenerse en pie, como mucho, durante la vida de su promotor.

Pues bien. En este espacio bibliográfico, que ya va siendo algo nutrido y con cierto peso sustancial, vienen a incardinarse las publicaciones de Esther Galera Mendoza. Espigando las específicas sobre este monumento y periodo histórico, deben citarse: «Los jardines de la Alhambra durante el reinado de los Austrias» (2010); «Luis Machuca, arquitecto e ingeniero militar» (2011); «Espacios religiosos en la Alhambra en los siglos XVI y XVII, (2011); «Vidrieras clasicistas en la Alhambra» (2011); *Estructura urbana y organización productiva en la Alhambra durante el Antiguo Régimen* (2013); *Arquitectos y maestros de obras en la Alhambra (siglos XVI-XVIII)*, (2014); y *Mujeres de la Alhambra: colección de documentos de los siglos XVI y XVII* (2017). No solamente los indicados, sino en su larga trayectoria, viene demostrando el valor que para ella tienen las fuentes

documentales, herramienta imprescindible para ir avanzando en conocimientos concretos y fiables de argumentación.

El nuevo estudio que ahora ve la luz es en cierta medida complementario y obligada consecuencia del anterior *Arquitectos y maestros de obras en la Alhambra*, ya que ahora la autora se centra en ofrecer y argumentar las noticias pertenecientes a los carpinteros, ensambladores, escultores, pintores, alfareros, orfebres y plateros... y algo más y que es precisamente el inicio y primer capítulo del libro. Efectivamente, no sólo rastrea e incorpora la información sobre las vicisitudes de los artífices y artistas y algunas obras documentadas que nos hablan de una Alhambra renovada con variada presencia de la nueva carpintería, pinturas, esculturas o cerámica, sino la de otros oficios presentes en la documentación, pero menos atendidos en las anteriores investigaciones, que conciernen igualmente al adorno y aspecto visual de la Alhambra que hoy hemos perdido. Me refiero al mobiliario y decoración interior de mesas, sillas, bancos, los famosos bufetes, aparadores y credencias, que tanto lustre dieron en el pasado a las mansiones de más o menos prestigio; los tejidos de todo tipo (tapices, alfombras); las vidrieras o la metalistería, amén de otros objetos doméstico y palatinos, incluidas puertas, ventanas, cancelos, celosías o ajimeces. En particular, ocupa un lugar de prestigio y aquí la veremos con toda dignidad y sus vicisitudes, la famosa chimenea del Palacio de Carlos V. En referencia a estos objetos del exorno añadido y de uso doméstico, al tiempo que recoge los pocos datos que aparecen en los documentos, fundamentalmente los inventarios de 1640 y 1647, a falta de más información directa, intenta recuperarlos a través de los relatos que aportan los viajeros y otras noticias indirectas.

A continuación va hilando con especial esmero los capítulos dedicados a los maestros y actividad de artistas y artífices antes indicados de carpintería y ensambladores, escultura y escultores, pintores y doradores, maestros alfareros, y el último dedicado a los orfebres y plateros. Aunque en los diferentes epígrafes indica «en la Alhambra», no se detiene en ese espacio escénico únicamente, sino que los rastrea y aporta las informaciones que de ellos conoce a través de otras publicaciones. Pero lo que el lector va a encontrar no es sólo un elenco o relación documental de simples nombres, fechas, la obra

realizada, datos concretos pero fríamente hilvanados, sino que todo lleva su comentario y explicación concerniente a este oficio. Este hecho es particularmente notable en el segundo capítulo, el dedicado a los carpinteros y ensambladores. Su comentario abarca un inmenso abanico de datos y obligaciones inherentes a su oficio: las ordenanzas y disposiciones jurídicas del gremio, los salarios, el tipo de árbol y la madera apropiada para cada función, incluida su curación y el lugar de origen; los marcos o grosores de cada pieza y sus precios dependiendo de su disposición en las estructuras carpinteriles; también salen a relucir las herramientas vinculadas con estas labores hasta crear un vocabulario y modos de producción jugosísimo que nos ayuda a comprender su complejidad y, al mismo tiempo, cuánto hemos perdido con el paso del tiempo y la sustitución actual con el aparataje e instrumentos eléctricos. En resumen, un esfuerzo asombroso y objetivamente impecable para poder calibrar lo que es un monumento vivo y su fisonomía a través de su «fisiología».

Sigue la larga nómina de carpinteros y ensambladores activos en la Alhambra, pero tampoco se limita a los ejecutores, sino que recoge previamente los mercaderes que surtieron dicha madera; detalla la obra concreta de carpintería realizada, con argumentos y la descripción pormenorizada; las habitaciones o ámbitos palatinos más importantes y los cambios habidos con el tiempo para terminar con la relación de los mismos. Entre los muchos nombres que aparecen, separados los del siglo XVI de los del XVII, me detengo en señalar el principal protagonismo que en este oficio y como controladores de las obras de tradición mudéjar en las Casas Reales tuvieron Fernando y Francisco de las Maderas, moriscos de plena confianza y dedicación constante en el control de las obras de albañilería y carpintería durante largo tiempo, desde la llegada de los Reyes Católicos hasta 1564 en que muere Francisco.

Haciendo un inciso, al sumergirme en este capítulo y encontrar tantos nombres, muchos de ellos totalmente desconocidos e igual ocurre en los otros apartados, me viene a la mente otro investigador esforzado en el cotejo de la documentación original, como es Lázaro Gila Medina. En este caso, nos ha ido aportando paulatinamente, entre otros, los datos procedentes del Archivo de Protocolos Notariales de Granada, muy esquilado por el desgraciado incendio

de 1879. Con paciencia y constancia nos está ofreciendo datos y noticias que complementan y refuerzan los que ahora podemos encontrar en este y los anteriores libros de Esther Galera Mendoza, ampliando grandemente nuestro conocimiento de estos artífices.

A continuación nos ofrece noticias concernientes a la escultura y escultores, incluyendo el amplio comentario y elenco de los artífices relacionados con la construcción y ornato del Palacio de Carlos V, la Puerta de las Granadas, el Pilar de Carlos V, y el retablo, casi desconocido por la mayoría, de la Puerta de la Justicia. Ahí salen nombres muy conocidos, unos por su dedicación prácticamente exclusiva en la Alhambra (Palacio de Carlos V) y otros por su presencia en otras obras en la ciudad y fuera de ella, como Juan de Orea, Pablo de Rojas, Alonso de Mena (con un larguísimo comentario), Diego de Aranda o Bernabé de Gaviria, entre otros muchos. Así sigue el estudio de los pintores y doradores, con un enfoque y detenimiento similar, con dedicación especial en este caso por su singularidad en el Peinador de la Reina, dependencia espectacular ahora y desde el primer momento en simbiosis singular. Su reciente restauración nos lo devuelve ahora en todo su esplendor y crudeza por las muchas heridas sufridas por los poco respetuosos «transeúntes» de todo tipo y condición. En este apartado aparece el enigmático Luis Machuca, pintor sin obra clara reconocible, si no es la posible colaboración con su padre en algunos retablos, como el de San Pedro de Osma en la catedral de Jaén; también, lógicamente, aparece Pedro de Machuca, Juan de Aragón, Damián del Pino, por supuesto Aquiles y Mayner, Juan Ramírez o el vidriero Arnao de Vergara. Del siglo XVII Pedro Atanasio Bocanegra, Juan de Sevilla o el afamado bodegonista Blas de Ledesma. Me parece especialmente interesante la presencia de pintores y doradores decorando fuentes, pilares, capiteles (en especial ahora se repintan los del Mexuar, antigua capilla real), coronas, escudos y demás elementos de piedra, porque nos indica una tradición y complemento ornamental y cromático que con el tiempo ha ido desapareciendo casi totalmente. Siempre he insistido a mis alumnos que deben tener en cuenta este factor para recuperar el verdadero aspecto y sentido de la arquitectura en el pasado, recordándoles que hasta el Partenón estaba pintado de «colorines». O la imagen renovada que ahora nos ofrece la restauración del Pórtico

de la Gloria de la Catedral de Santiago de Compostela impensable hasta hace poco, que nos obliga a una lectura mucho más rica y compleja de la plástica medieval. Quizá el componente cromático de la Alhambra sea el menos reconocible actualmente, si no fuera por la presencia de los alicatados y elementos cerámicos en general. Y a ello vamos a continuación llevados de la mano y buen hacer de Esther Galera.

Especial importancia tiene el apartado de los alfareros y su intensa actividad, en este caso aumentada por el papel primordial detentado por la cerámica en la ornamentación alhambrenña, con especial virtuosismo en lo que concierne a los alicatados nazaríes, que alcanzan aquí la cima de su maestría. Con el paso al nuevo poder, esta delicada técnica se va perdiendo y se sustituye por los azulejos de arista o, menos frecuentemente en el caso de la cerámica arquitectónica, la cerámica de cuerda seca, que no alcanzan ese virtuosismo anterior pero produce un efecto cromático y de brillo algo asimilable. La técnica y alfares cerámicos estaban muy vinculados a la tradición islámica y, por ende a la mudéjar consiguiente, y no es extraño que muchos de estos alfares o sus operarios fueran y estuvieran inicialmente en manos de moriscos, para poco a poco irse asimilando, por vínculos familiares, con los talleres de cristianos viejos cuya experiencia se había desarrollado fuera de nuestro territorio, especialmente en el ámbito sevillano y toledano. La habilidad y calidad de algunos de estos ceramistas está fuera de toda duda y su belleza visual hizo que se perpetuara la tradición hasta nuestros días, aunque muchas veces muy corrompida en sus formas y bastardeada en su técnica. Aquí afloran con especial trascendencia los talleres de los Tenorio o las hermanas Robles (María e Isabel), Hernández y un largo etcétera. También nos da noticias de la importancia de los talleres ubicados en la misma Alhambra, que da lugar a entornos urbanos que los identifican, como la «Carrera de las Pilas» (se entiende de barro para el laboreo o zaleo de los alfareros) y la Plazuela de las Ollerías. En todo caso, ya es sabido que había otras zonas vinculadas a este oficio fuera de la Alhambra, singularmente en la zona de la Puerta de Fajalauza, en el extremo norte del Albaicín. Junto a los alfareros y los emplazamientos de sus talleres, aparecen, lógicamente, los distintos nombres de las piezas: tablillas, cintas, jairas,

mostagueras, olambrillas, alizares, verduguillos y demás formatos; la técnica de fabricación e incluso la particularidad de su terminación, los colores y los precios. No falta la alusión a la cerámica doméstica y su forma de cocción. Por último, en el repaso de todos los contratos y pagos de piezas observamos la gran cantidad de pérdidas habidas posteriormente hasta prácticamente borrarse su rastro en muchas zonas de las Casas Reales, tanto las Viejas como las Nuevas, incluido el Palacio de Carlos V y su cripta. Véase como ejemplo el caso del alfarero Pedro Tenorio y su importante actividad en las primeras décadas del siglo XVII. En fin, un verdadero tratado de la cerámica y venero de noticias tan oportunas como necesarias.

Cierra el recorrido de artífices y artesanos, que participan en esta difícil lucha entre el mantenimiento y la renovación de los palacios y ciudad de la Alhambra, los orfebres y plateros. Menos trascendente es su papel en lo que concierne a la historia material de la Alhambra, pero cierra el círculo de oficios y artífices vinculados al servicio de sus administradores o por vivir en su recinto.

Aunque no era mi intención inicial de este prólogo hacer una reseña del libro, he creído necesario detenerme en estas consideraciones para que se entienda el gran esfuerzo físico, intelectual y metodológico desplegado por Esther Galera Mendoza para que su aportación sea realmente fructífera. En resumen, el presente libro es la manifestación palpable de que todavía quedan muchos aspectos por aclarar sobre la Alhambra en la Edad Moderna y que sigue siendo necesaria la puesta al día de una bibliografía que, aún siendo ya abundante, no ha profundizado por igual en todos los campos de investigación posibles. Por otro lado, la imperiosa e ineludible necesidad de seguir desempolvando y aflorando nueva documentación sobre el tema que todavía yace silente en los diferentes archivos. Documentación, por otra parte, muy amplia pero desigual y no siempre fácil de localizar si no se hace en forma de barrido total y sistemático. En el caso del Archivo de la Alhambra, su consulta, además, se convierte en una aventura aún más trabajosa debido a las diversas clasificaciones que ha sufrido a lo largo del tiempo. Hasta hace poco y todavía no está del todo claro, para encontrar a veces los documentos buscados había que acudir a tablas de equivalencia, a veces con tres catalogaciones distintas, lo que motivó, en mi caso, el

abandono por aburrimiento y desesperación de una investigación en marcha ante la dificultad de encontrar diversos legajos. Es por ello que en los últimos años el Patronato ha iniciado una nueva catalogación que pueda ser definitiva.

Debo ya terminar, pero no me resisto a destacar y resumir los muchos valores que Esther Galera Mendoza muestra en este libro que no es sino un eslabón más, una nueva hilada como decía al principio, que acrecienta de forma sólida su ya larga trayectoria investigadora. Junto con las publicaciones anteriormente aludidas y en perfecta y lógica continuación, no sólo ha tenido la paciencia de ir indagando en el denso laberinto documental que ha ido incorporando, sino que ha tenido la inteligencia y, al mismo tiempo, la madurez de investigadora ya aquilatada en este tipo de trabajos, de ensamblar la documentación inédita y la conocida, más la información bibliográfica previa, para aportarnos el dato cierto, pero también recuperar su espacio histórico y monumental, y ponerlos en contacto con quienes detentaron oficios, cargos u ocuparon y ayudaron a modificar o conservar dichos espacios. Además, nos ofrece un verdadero ensayo de la actividad productiva; las relaciones familiares y profesionales de artistas y talleres; de los términos o denominaciones de sus producciones y todo lo que concierne al ser del objeto artístico o artesano. Con exquisita paciencia y precisión ha sabido tejer las noticias esenciales para reconstruir todo este complejo entramado arquitectónico, económico, vivencial, humano al fin, que configuró la ciudad de la Alhambra en los siglos de la modernidad. Es por tanto un libro oportuno, necesario y obligadamente complementario de la visión de la Alhambra monumental en su pasado islámico. No quedará defraudado el lector que se acerque a su lectura y será fuente de información y de datos impagable, tanto para el investigador, el erudito o el simple interesado en esta parcela tan atractiva como no suficientemente valorada de la Alhambra cristiana, subyugada por su esplendoroso y exótico pasado islámico, que no se me oculta que es su razón primigenia de valor universal.

Por último, agradecer a Esther, el poder ser parte de este feliz evento bibliográfico, sin más mérito que el de la amistad y el declarado amor y dolor que me causa todo lo que significa la Alhambra, como espacio histórico y en mi propia experiencia docente. Desde

que en mis años de aprendizaje universitario la recorriera de la mano y acompañado de la voz cálida y emocionada de don Jesús Bermúdez Pareja, y ahora que ya voy de retirada, la Alhambra ejerce en mí una atracción especial. La he disfrutado y padecido en proporciones justas, pero las vibraciones que siento cada vez que recorro sus espacios y en especial su parte militar, torres, murallas, puertas, pasadizos..., compensan los engorros que se derivan de los flujos y masificación turística, que cada vez dificulta más el desarrollo en plenitud de nuestra tarea docente e investigadora. Vaya lo uno por lo otro.

Granada, Febrero de 2019

La Alhambra y las obras reales en la Edad Moderna

INTRODUCCIÓN

Tras la incorporación del reino de Granada a la corona de Castilla la ciudadela de la Alhambra pasó a formar parte del patrimonio real y sus palacios se vieron sometidos a un intenso proceso de restauración y consolidación en el que primó el criterio de imitación de la estética nazarí según indicación expresa de los Reyes Católicos. Otras intervenciones estuvieron destinadas a adaptar la estructura urbana de la ciudadela y los palacios al gusto y al uso de los nuevos pobladores, respetando siempre la herencia islámica. Los Reyes Católicos expresaron en diferentes ocasiones su deseo de mantener los palacios de la Alhambra en pie, realizando las restauraciones necesarias para conservarlos sin alterar su carácter original. Más tarde el Emperador Carlos V decidió construir en la ciudad palatina de la Alhambra un palacio real nuevo, edificado según el gusto clasicista imperante en Europa, al frente de cuyas obras estuvo Pedro Machuca, pintor y arquitecto de origen toledano, con experiencia profesional en Italia al lado de Rafael en el Vaticano. La construcción del nuevo palacio del Emperador se llevó a cabo siguiendo los cánones del más estricto clasicismo, sin recuerdos platerescos, mudéjares o tardo góticos, que sin embargo sí estaban presentes en otros proyectos arquitectónicos coetáneos en la ciudad de Granada.

La alcaidía de la Alhambra quedó vinculada a los Mendoza, concretamente al conde de Tendilla, Íñigo López de Mendoza, sobrino del Gran Cardenal don Pedro González de Mendoza, y a sus descendientes. El alcaide, que también ostentaba el cargo de capitán

general del reino de Granada, asumió responsabilidades no sólo de carácter militar y jurisdiccional sino también en materia de edificación dentro del recinto de la Alhambra y en las fortificaciones dependientes de ésta incluidas las torres de la costa. Aunque la Corona no se desentendió totalmente de los proyectos arquitectónicos y artísticos de la Alhambra sí delegó en el alcaide algunas iniciativas y decisiones importantes, entre ellas quizá la elección del maestro de obras pues sabemos que Pedro Machuca era un artista vinculado a la casa de Tendilla, y debió ser el conde quien propusiera su nombramiento como maestro de obras.

La organización de las obras reales seguía una estructura jerárquica, con los oficiales mayores de obras a la cabeza¹. Estos eran el maestro mayor, el veedor, y el pagador que realizaban sus funciones según lo establecido en las ordenanzas de las obras y bajo la autoridad del conde de Tendilla. El escribano y el tenedor de materiales también formaban parte de la organización de las obras reales, pero no se contaban entre los oficiales mayores. El escribano se encargaba de recibir las ofertas para la contratación de materiales y de rematar las diferentes partidas en el mejor postor. En ocasiones comprobaba que las cantidades y calidades de materiales entregados respondían a lo estipulado en las condiciones, aunque esta tarea le correspondía propiamente al veedor. El tenedor de materiales se encargaba de custodiar en los almacenes los materiales adquiridos para las obras y solía hallarse presente en la entrega de los mismos. Bajo la dirección del maestro mayor trabajaban los diferentes maestros especializados en cada ramo de la construcción: cantería, albañilería, carpintería, yesería etc., además de oficiales y peones en distinta proporción dependiendo de la envergadura del trabajo a realizar y de la financiación disponible en cada momento. A veces intervenían varios maestros de una misma especialidad, pero siempre uno de ellos hacía

1. Ver: CASARES LÓPEZ, Matilde. *Las obras reales de la Alhambra en el siglo XVI: un estudio de los libros de cuentas de los pagadores Ceprián y Gaspar de León (1528-1627)*. [Tesis doctoral inédita, dirigida por Cristina Viñes Millet y Gregorio Núñez Romero-Balmas]. Granada: Universidad, 2008. GALERA MENDOZA, Esther. *Arquitectos y maestros de obras en la Alhambra (siglos XVI-XVIII)*. *Artífices de cantería, albañilería, yesería y forja*. Granada: Comares, y Universidad, 2014, págs. 5-52.

cabeza de los demás. Todos trabajaban de sol a sol seis días a la semana, y recibían su salario en la contaduría de las obras reales el sábado al acabar su jornada de manos del pagador y en presencia del veedor y maestro mayor.



Antigua casa contaduría y Puerta del Vino

Para garantizar el buen funcionamiento de las obras reales y delimitar las competencias de cada uno de los oficiales se redactaron ordenanzas de obras en varias ocasiones a lo largo de los siglos XVI y XVII. El primer corpus normativo data de 1546 y refleja la importancia que tuvo en las primeras décadas del siglo XVI la figura del obrero que posteriormente desapareció asignándosele sus funciones al maestro mayor y veedor. El obrero tenía amplias atribuciones: seleccionar a los trabajadores, asignar diariamente a cada maestro el trabajo que había de llevar a cabo y los oficiales que le ayudarían, visitar las obras, hacer llevar los materiales y herramientas necesarias, castigar a los obreros que estuvieran parados o fuera de la obra, exigir perfección en la labor realizada, establecer las condiciones de las obras a ejecutar, recibir las posturas y hacer el remate, etc. En 1588 se redactaron nuevas y detalladas ordenanzas que ampliaban las an-

teriores adaptándolas a las nuevas exigencias surgidas con el paso del tiempo. En ellas se contemplaba la figura del maestro mayor y aparejador a los que no se aludía en las Instrucciones de 1546, al tiempo que se extinguía el cargo de obrero. En lo que se refiere a la contratación de materiales las ordenanzas ratificaban la práctica que había sido habitual hasta ese momento: sacar al pregón las diferentes partidas de materiales y rematarlas en el mejor postor. La decisión de acometer nuevas obras en la Alhambra recaía en el alcaide o su teniente, junto con el veedor, maestro mayor y a veces contando con la intervención del corregidor, si bien se limitaba la posibilidad de acometer obras de importancia en dos sitios a la vez ya que esto dificultaba el control sobre los materiales y el trabajo de los operarios.

En 1626, coincidiendo con el retorno de la alcaidía de la Alhambra a los condes de Tendilla después del breve paréntesis de gobierno del duque de Uceda², se publicó un nuevo auto en relación con las obras reales cuya mayor novedad fue el mandato de que las obras no se detuvieran por ninguna causa. Esta orden se explica por la precariedad de recursos disponibles tanto para la terminación del palacio de Carlos V como para llevar a cabo las reparaciones necesarias en las casas reales nazaríes, en otros inmuebles pertenecientes a la Corona, y en la estructura fortificada del recinto. A pesar de la ordenanza las obras se vieron interrumpidas intermitentemente a lo largo del siglo XVII en función de los recursos económicos existentes. El pa-

2. Luis Hurtado de Mendoza, IV conde de Tendilla y III marqués de Mondéjar falleció sin sucesión, hecho que dio lugar a un largo pleito por el mayorazgo entre su hermano menor Francisco de Mendoza, almirante de Aragón, y su sobrino don Íñigo López de Mendoza, resuelto en 1606 a favor de don Íñigo que se convirtió en el V marqués de Mondéjar y VII conde de Tendilla. Entre tanto, el rey Felipe III hizo merced de la alcaidía de la Alhambra a Cristóbal de Rojas y Sandoval, duque de Uceda, hijo de su privado Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma. Tras la muerte del duque de Uceda, y dadas las quejas de los Mendoza, Felipe IV restituyó la alcaidía de la Alhambra a Íñigo López de Mendoza, V marqués de Mondéjar, el 26 de mayo de 1624. Entró el marqués en Granada con toda su casa y con el conde de Tendilla su hijo el día 29 de junio de 1625 saliéndole a recibir toda la nobleza y la caballería de Granada. Al día siguiente fue recibido en el Cabildo de la ciudad como regidor y capitán general. Ver: JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio. «La alcaidía de la Alhambra tras la rebelión morisca y su restitución al quinto marqués de Mondéjar». *Chronica Nova*, nº 27 (2000), págs. 23-51.

lacio de Carlos V no se llegó a terminar por completo hasta que en la segunda mitad del siglo XX se hizo la cubierta definitiva del edificio con objeto de albergar en él un museo.

La construcción del palacio de Carlos V en el corazón de la Alhambra modificó la imagen que la ciudadela había tenido en época nazarí manifestando el nuevo poder establecido en el reino de Granada. Aunque los Reyes Católicos garantizaron la conservación de las casas reales nazaríes y de la estructura fortificada del recinto, la edificación del palacio real nuevo y de otros inmuebles singulares, así como las intervenciones en el caserío y construcciones existentes lograron transformar la Alhambra nazarí en una ciudadela fortificada y estructurada según la conveniencia de los nuevos pobladores. Las primeras intervenciones se llevaron a cabo en la época de los Reyes Católicos. El artillero Ramiro López introdujo novedades poliorcéticas importantes en la estructura fortificada con objeto de modernizarla. El conde de Tendilla se ocupó de la mejora de la infraestructura hidráulica edificando nuevos aljibes junto a la alcazaba. Los propios reyes ordenaron diversas intervenciones en los palacios nazaríes, ordenaron el repartimiento y donación del caserío de la Alhambra, asignaron casas y huertas a la Orden de San Francisco para edificar un convento intramuros, mientras que extramuros se establecía el de los Mártires, de carmelitas. Sobre la antigua mezquita real se consagró la iglesia parroquial de Santa María de la Alhambra con su cementerio anexo. La rawda o cementerio real y el macaber de época nazarí situado extramuros se desmantelaron. El caserío y las tiendas de la Alhambra se adaptaron a las costumbres cristianas. Algunos baños desaparecieron o pasaron a formar parte de casas particulares. Se establecieron hornos, carnicerías, pescaderías, tiendas y mesones en la parte más pública y comercial de la ciudadela. En el caserío se mezclaban las casas de los soldados con las viviendas de particulares y las casas-taller de los artesanos afincados en la Alhambra.

En el siglo XVII se ordenaron nuevos jardines y espacios de recreo en la zona del Adarve Nuevo y Revellines. Junto al palacio de los Leones, y cerca de la casa del conde de Tendilla, se hizo un Juego de Pelota que posteriormente se trasladó a la plaza de los Aljibes donde también se celebraban corridas de toros. A la salida de la

Puerta de la Justicia se dispuso la Carrera con su mirador para la celebración de carreras de caballos. Extramuros se plantó una Alameda en la entrada principal de la Alhambra, adornada con diversas fuentes y con un *via crucis* próximo al convento de los Mártires y ermita del Calvario³. Además de la ermita del Calvario o del Santo Sepulcro sabemos de la existencia de otras dentro y fuera del recinto de la Alhambra. Extramuros hubo una ermita en el castillo de Torres Bermejas conocida como la ermita de Nuestro Padre Jesús, y cerca de Generalife, en un torreón del Cerro del Sol, la de Santa Elena. Junto a la Puerta de las Granadas se consagró la ermita de Santo Cristo, en la Puerta de la Justicia se estableció la ermita de Nuestra Señora del Cuerpo de Guardia, y en una torrecilla del adarve la ermita del Adarve Nuevo. En el campo de los Mártires se ubicó el Beaterio de madres Potencianas, dedicado a la educación de niñas nobles, y en el cerro de la Antequeruela, también extramuros, se erigió otro Beaterio conocido como san José del Monte⁴.

Las nuevas construcciones o la adaptación de las ya existentes ocuparon abundante mano de obra especializada en diversos ramos de la construcción, particularmente la fábrica del palacio de Carlos V que se convirtió en un motor económico de primer orden para la ciudadela durante más de un siglo. Numerosos canteros, albañiles, yeseros, pintores, carpinteros, vidrieros, entalladores etc., acudieron a las obras reales cada día para llevar a término el programa constructivo y ornamental del palacio y del resto de edificaciones de la ciudadela. No todas las labores realizadas en las obras reales y en el recinto de la Alhambra tuvieron la misma categoría, pero la mayoría ocupó a los mejores artesanos y artistas que andaban por Granada.

3. GALERA ANDREU, Pedro. *La Alhambra vivida*. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2010. GALERA MENDOZA, Esther. *Estructura urbana y organización productiva en la Alhambra durante el Antiguo Régimen*. Granada: Universidad, 2013.

4. GALERA MENDOZA, Esther. «Espacios religiosos en la Alhambra en los siglos XVI y XVII». En *Docta Minerva. Homenaje a la profesora Luz de Ulierte Vázquez*. [SERRANO ESTRELLA, Felipe (coord.)]. Jaén: Universidad, 2011, págs. 191 – 215.